

## **EL BEBÉ DUERME**

---

VICENTA SIOSI PINO  
Wayúu del clan Apshana

Los wayúues tienen por costumbre dejar a los bebés al cuidado de otros niños. Estos también cuidan los ranchos, cuando los adultos salen a cazar, a cortar leña, a buscar agua o cuando visitan otras rancherías.

Esta historia sucedió cerca de Pancho. Mappa dejó solos a sus hijos de uno, cuatro, seis y ocho años, mientras ella y su marido iban a Riohacha a comprar hilos para tejer mochilas.

El de ocho parecía tener menos, pues, por el poco alimento que ofrece el desierto, los indígenas no crecen mucho. Este, siendo el mayor, propuso a sus hermanos ir a recoger isso al monte. El de seis y el de cuatro estuvieron de acuerdo. El bebé no opinó, porque no hablaba ni caminaba, por tanto cargaron con él.

Se fueron por el camino del sur, aprovechando la sombra de los trupillos. A cincuenta metros encontraron la primera mata de isso, pero no tenía frutos. Los tres se iban turnando para cargar al pequeñito. El de cuatro, cuando le tocaba el turno, casi no podía dar un paso y sus brazos apenas le alcanzaban para sujetarlo por la cintura. Los otros aprovechaban este momento para correr y tirarse terrones de barro, esconderse entre los cactus y lanzar palos a las tórtolas, con la esperanza de cazar una, pues las tórtolas se comen fritas y son deliciosas.

La verdad, tenían hambre porque cuando sus padres se fueron solo les dieron un pocillo de chicha cerrera, hasta el bebé tomó su totuma de chicha.

Bueno, continuó. Se desviaron al oriente y, por suerte, encontraron un isso con frutas, pero eran pocas y estaban pequeñísimas, a cada uno le tocaron seis y nada más.

Siguieron revisando en el monte. Las lagartijas azules corrían veloces persiguiéndose. El sol estaba alto y el calor hinchaba la piel.

—Tengo sed —dijo el de cuatro.

Se dirigieron al pozo que había donado una empresa petrolera, que también construyó un abrevadero para las cabras y una gigantesca alberca con grifos metálicos a cada lado para que tomaran el agua con racionalidad. Allí acudían todos los habitantes de la zona, pero algunos wayúues no trataban bien las llaves y las habían roto, colocando en su lugar tapones de madera, pero la presión del líquido los expulsaba y se derramaba de día y de noche; así, alrededor del pozo se había hecho un arroyito que corría hacia el Norte.

Cuando divisaron el pozo entre los dividivis, corrieron ansiosos; el de cuatro se retrasó porque con dificultad sostenía al bebé. Exhausto, al llegar, lo puso en el suelo y se pegó a beber de uno de los grifos. En verdad el agua no era muy dulce, pero era lo único para tomar.

Nadie más había, a esa hora del mediodía en aquel paraje. El silencio estaba colmado de cantos de perdices y de balidos de ovejas escapadas de los rebaños. El niño de ocho descubrió cerca un arbusto de isso lleno de frutillas moradas y grandes. Los tres empezaron a comer, a diez metros otro isso los llamaba, tal vez era el suelo húmedo por el derrame que mantenía las plantas paridas. Descargaron cuatro arbustos y, cuando se dieron por satisfechos, volvieron a buscar al bebé, allí lo vieron: su cabecita estaba dentro del arroyito. Lo alzaron, pero no gorgoreaba, no se reía, no lloraba. Le limpiaron el barro de la cara y el niño de ocho lo cargó todo el trayecto de regreso. Lo acostaron en el chinchorro, bajo la enramada y lo cubrieron con los flecos. Después construyeron una carretilla con trozos de cacto y jugaron el resto de la tarde con ella.

Mappa llegó a eso de las cinco, preguntó por el bebé y le dijeron que estaba durmiendo. La mujer encendió el fogón en el centro del patio, como hacen todos los wayúes al caer la tarde, preparó un arroz de cecina y comieron juntos.

Ya estaba oscureciendo cuando empezó a colgar los chinchorros en el rancho, porque los wayúes se acuestan temprano. Aquella noche, la luna estaba llena y subía suavemente por el Oriente, iluminando las aldeas. Mappa miró largamente el chinchorro bajo la enramada, su hijo no se movía. Su marido prendió un tabaco y se sentó junto al fogón. ¿Dónde habrá aprendido este indio a fumar? Se preguntó la mujer, mentalmente. Decidió acompañarlo hasta terminar su cigarro. Los tres chicos corrieron a acostarse y pronto se durmieron, porque cuando Mappa entró a buscar la lámpara de petróleo para encenderla, respiraban sosegados. Cerró la puerta para que no entraran los zancudos y se dirigió al chinchorro bajo la enramada, desenrolló los flecos y tocó al bebé. Estaba frío, rígido. Lo movió con brusquedad, pero no reaccionó. Llamó a gritos a su marido.

Bebé había partido por el camino luminoso, al cielo infinito creado por Dios para los wayúes.